

TESTIMONIOS *

VIVENCIAS

Pilar Sanz Pastor, viuda de Cremades

Ama de casa

Ante la reciente beatificación del fundador del Opus Dei creo un deber de justicia recordar algunas de las muchas vivencias personales que he tenido a lo largo de los años en reuniones familiares que nunca se olvidan.

La relación de amistad comenzó en el año 1925, cuando mi marido y monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer coincidieron en la Universidad de Zaragoza estudiando la carrera de Derecho. No solamente se veían en las aulas sino que hicieron una especial amistad al ir juntos los domingos a enseñar catecismo a un grupo escolar situado a las afueras de la ciudad.

La guerra separó a todos pero al finalizar la contienda volvieron a encontrarse. En el año 1941 nosotros vivíamos en Lérida: mi marido era entonces el gobernador civil. Monseñor Escrivá de Balaguer viajó allí para dar una tanda de ejercicios espirituales a sacerdotes. Estando en Lérida le comunicaron el fallecimiento de su madre. Como estaba recién terminada la guerra no había trenes ni medios de comunicación para trasladarse rápidamente. Mi marido puso un coche a su disposición y así pudo llegar al entierro.

Monseñor Escrivá recordó siempre ese pequeño favor demostrando inmensa gratitud hacia nuestra familia en muchas ocasiones. Nuestras reuniones familiares fueron posibles por el *espíritu de agradecimiento* que demostraba en todo momento. Algunas veces les comentó a nuestros hijos que había podido cumplir su último deber como hijo y rezar ante el cuerpo de su madre gracias «a la ayuda prestada por vuestro padre».

Esta virtud del agradecimiento la conservó durante toda su vida. Años más tarde, el 7 de abril de 1970, hizo una romería a Torreciudad para agra-

* Estos testimonios fueron recogidos durante los años 1992-1996.

decer a la Virgen que, escuchando las oraciones de su madre, le concediera la curación cuando era niño. Hizo esta romería rezando el rosario y andando descalzo un largo camino.

Al volver a Zaragoza nos dio la gran alegría de venir a cenar a nuestra casa con monseñor Álvaro del Portillo. Nos hizo pasar una velada agradableísima, contando anécdotas apostólicas de distintos países. Sus comentarios estaban siempre llenos de visión sobrenatural. Se refirió a su romería con alabanzas y agradecimiento a la Virgen. Nos dijo que estaba muy contento de haber podido cumplir una deuda de gratitud que tenía con la Madre del Cielo y que al venir a casa cumplía otra deuda de gratitud con una madre de la tierra, en una familia que tanto quería. Demostró alegría y buen humor con nuestros hijos y nos hizo felices a todos. Después me enteré de que tenía los pies llagados por las piedrecillas del camino pero su espíritu de sacrificio impidió que se notase.

Del beato Josemaría Escrivá de Balaguer me impresionó también su *alma sacerdotal*. En repetidas ocasiones le he visto celebrar la santa misa y mostraba gran recogimiento. Al final acababa cansado, agotado del esfuerzo que había realizado cara a Dios.

En el año 1971 asistimos a la santa misa en el oratorio de la Sagrada Familia que hay en la sede central de la Obra. Durante la homilía habló con inmenso cariño de la Virgen y recordando sus años de Zaragoza dijo que en aquellos tiempos, sintiéndose llamado por Dios para realizar algo que no vislumbraba con claridad, iba todos los días al Pilar y se dirigía a la Virgen diciendo: *Domina, ut videam!*, ¡Señora, que vea!, y añadió que, años más tarde, cuando vio claro lo que Dios le pedía, rezaba: *Domina, ut sit!*, ¡Señora, que sea!

Al terminar, durante la acción de gracias, comentó en voz alta: Me ha dado mucha alegría celebrar esta Santa Misa, que es trabajo de Dios, que es también Opus Dei; hoy me he cansado especialmente, me canso mucho celebrando la Santa Misa y, sin embargo, cada día tengo más ganas y hambre de celebrarla. Me ha gustado mucho decirla por vosotros. A continuación nos leyó el texto de la Consagración de las familias de los miembros de la Obra a la Sagrada Familia, que está esculpido en una lápida en ese oratorio.

Su *alma contemplativa* en medio del mundo le hacía arrastrar a los demás hacia su santificación personal en el trabajo ordinario consiguiendo acercarlos a Dios. Recuerdo cómo repetía que debíamos tener un gran

amor a la Trinidad Beatísima, a la Virgen, a la Iglesia, al papa sea el que sea –porque el papa es el representante de Cristo en la tierra– y querer y amar a todo el mundo.

En todo momento y *con alegría* su conversación tenía calor humano para saber escuchar y dar el consejo adecuado, y visión sobrenatural para infundir su amor filial a Dios sobre todas las cosas. Nos animaba a que, en cualquier situación, buscáramos el encuentro personal, íntimo con Dios.

Nuestra vida, dijo, ha de tener alegrías, penas, contradicciones. Tiene que haberlas para que quede un cuadro maravilloso con luces y sombras y sea una obra de arte. Alguna pena o contradicción ha de sufrir todo el mundo, pero no tienen importancia si sabemos levantar el corazón a Dios.

En comentarios sobre temas de actualidad siempre procuraba justificar o excusar defectos evidentes en algunas actuaciones. Ejercitaba la caridad cristiana y evitaba la crítica. *Nunca le oí hablar mal de nadie*. Nos enseñó de manera práctica a ser objetivos en los juicios y a rechazar la visión negativa.

Con motivo de su venida a Zaragoza para recibir el título de doctor *honoris causa* por la Facultad de Filosofía y Letras, vivimos unos momentos muy emotivos. Terminado el acto oficial dio la primera Comunión a nuestros tres hijos pequeños en el oratorio del Colegio Mayor Miraflores, en una ceremonia familiar en la que demostró su mejor cariño. En la homilía explicó a los comulgantes, con palabras sencillas muy a propósito para su edad, que iban a recibir a todo un Dios y les enseñó que durante toda su vida tenían que corresponderle como buenos cristianos, como hijos de Dios.

Siempre que estuvimos en familia con el beato Josemaría nos animó a tratar a Dios como Padre, a actuar siempre con responsabilidad y gran *libertad personal*, a realizar bien el trabajo ayudando a los demás para acercarlos a Dios.

Destacaba su *buen humor* y nos ayudaba a sobrenaturalizar las cosas más normales. En una de nuestras tertulias –acababa de llegar de Méjico– nos puso el disco *Chapala* de la rondalla Tapaitía, porque quería que oyéramos algo que le gustaba especialmente. En determinada estrofa en que cantan «donde las almas pueden hablarse de tú con Dios» nos decía: «mirad, mirad, qué bonito es esto» y nos repetía «*donde las almas pueden hablarse de tú con Dios*».

A lo largo de todos estos años recibimos directamente su ayuda sobrenatural y muchos detalles de cariño. A partir de junio de 1975, *con la seguridad de que estaba en el Cielo*, comenzamos a recurrir a su poderosa intercesión y a pedir a Dios por su pronta canonización.

LO QUE DIOS QUERÍA PARA MÍ

Ana Egido Sánchez

Médico

A la hora de resaltar la influencia que el fundador del Opus Dei ha tenido en mi vida destaco una triple vertiente.

En primer lugar la firmeza en mi camino: cuando conocí el espíritu del Opus Dei vi que eso era lo que Dios quería para mí, con tal seguridad y convencimiento que nunca he tenido el menor asomo de duda.

Junto a esto me hizo descubrir un modo de tratar a Dios familiar y próximo, asequible siempre, que conduce al nervio de su espiritualidad: «saberse en todo momento hijo de Dios».

Y por último la seguridad en la doctrina, porque en todo su actuar vi traslucirse un amor grande a la Iglesia y al papa, y un seguimiento fidelísimo de sus enseñanzas.

VIVIR DE CARA A DIOS

Carmen Marco de Miguel

Profesora

Mi primer contacto con el espíritu del Opus Dei lo tuve a través de la lectura de *Camino*, cuando apenas tenía doce o trece años. Me fascinó y dejó una huella profunda en mi alma, hasta el punto de que siempre recurría a leerlo cuando deseaba reanudar mi afán por crecer en virtudes humanas, o bien cuando decrecía mi vida de piedad. Sus frases breves, claras, concretas e incisivas eran siempre para mí un poderoso estímulo.

Años más tarde mi vocación a la Obra supuso una gran seguridad, yo diría que casi «física» –palpable–, de la posibilidad de lograr la santidad en medio del mundo, a la que estaba llamada por el bautismo pero de la que no acababa de ser consciente del todo.

Me abrió horizontes amplios –insospechados– para vivir la vida cotidiana de cara a Dios: llegar a ser alma contemplativa en mi quehacer diario. Junto a esto la vocación ha supuesto una gran seguridad en mi vida ya que le ha conferido una total plenitud de sentido.

FIDELIDAD A LA IGLESIA Y AL PAPA

Ángel Fontán

Taxista

Conocí el Opus Dei en 1977 y a través de los escritos del nuevo beato aragonés el espíritu de la Obra.

La fidelidad del fundador al espíritu evangélico de la Iglesia y a su representante, el Santo Padre, me han parecido siempre el más claro exponente de lo que debe ser el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, que ellas le conocen y le siguen, convencidas de haber encontrado el camino seguro para amar y servir a Dios y al prójimo.

En mi trabajo encuentro gentes sencillas que comprenden fácilmente su trayectoria porque la analizan a la luz de la fe, y otras que pasando una mirada superficial por su vida se fijan más en detalles que no tienen nada que ver con el sentido sobrenatural que encierra en su conjunto.

Yo estoy convencido que vivir con el espíritu del Opus Dei es una forma segura de agradar a Dios y alcanzar la santidad, porque ello implica vivir de forma extraordinaria las cosas ordinarias de cada día.

Nuestro fundador decía que después de cada caída hay que levantarse, con arrepentimiento y deseos de desagraviar. Él vivió estas enseñanzas en grado heroico y así ha sido reconocido por nuestra Santa Madre Iglesia.

AMOR A LA EUCARISTÍA

María del Carmen Esteban Guajardo

A.T.S.

Conocí al beato Josemaría en noviembre de 1972, en Brafa (Barcelona). Era la primera y la única vez que pude verle. En la tertulia a la que tuve la suerte de asistir me impactaron algunos aspectos que, a pesar de los casi treinta años transcurridos, aún recuerdo como si fuera ahora.

Éstos fueron su amor a la Eucaristía, enseñándonos a tratar al Señor con intimidad, abriéndonos su corazón con detalles concretos. También su cariño a la Virgen se puso de manifiesto cuando a raíz de una pregunta él nos habló de Torreciudad, todavía en construcción, haciéndonos ver que para la Virgen todos los detalles de cariño nos deben saber a poco.

Me impresionó mucho, asimismo, su capacidad de comprensión y claridad al hablar del amor humano, de cómo nos teníamos que exigir para vivir cada vez con más exigencia la virtud de la pureza.

UN CAMINO PARA TODA MI VIDA

Belén Galbe Sánchez-Ventura

Profesora de Literatura

Conocí a monseñor Escrivá de Balaguer en noviembre de 1972 en Barcelona, durante su viaje de catequesis por España. Estábamos mucha gente en aquella reunión. Yo iba con una amiga numeraria que me había dado a conocer muchos aspectos de la Obra y, por supuesto, me había hablado del fundador. Enseguida capté el inmenso cariño que sus hijos le tenían y comprendí que era algo sobrenatural.

¿Qué recuerdo guardo de aquella ocasión? Me impresionó su sencillez. Acostumbrada a los conferenciantes invitados a la Facultad esperaba un acto más académico. Comprendí que las cosas y las personas de Dios no tenían complicación. Me impactó la claridad con que nos explicó que todos estábamos llamados por Dios a la santidad y que ésta era posible.

A pesar de la multitud te metía en su órbita sobrenatural. Hablaba con la fuerza de quien vive lo que predica. Fue aquella la primera vez en que vi asequible la santidad y sentí que Dios me indicaba con nitidez un camino para toda mi vida. Ni siquiera había hablado con él y sin embargo estaba persuadida de que aquella conversación marcaría decisivamente el resto de mis días.

Ese fue mi primer recuerdo de nuestro santo y querido fundador. Después volví a verlo, siempre en tertulias multitudinarias y siempre dirigiéndose a mí.

VIVIR LA FILIACIÓN DIVINA

Dolores Laviña

Profesora

Desde que cayó en mis manos un ejemplar de *Camino* allá por los años 1945 o 1946 el padre se metió en mi vida. La idea de que podía alcanzar la santidad en medio del mundo a través de la vida de familia y de un trabajo profesional bien hecho me dejó una huella profunda y ha sido desde entonces una meta a conseguir cada día.

Tuve la suerte de estar en dos ocasiones personalmente con él, una en Roma en el año 1970 y otra en Barcelona en 1972. Nos recibió a toda la familia. Conservo un vivísimo recuerdo de estos dos momentos. De su sencillez, su cariño, su atención por cada uno, su sentido del humor y esa sensación de no tener prisa a pesar de sus muchas e importantes ocupaciones.

He descubierto a través de sus enseñanzas lo que significa vivir la filiación divina, a saber que nunca estamos solos. Dios está siempre a nuestro lado dándonos fuerza para llevar con garbo todas las dificultades que la vida presenta. Y a poner un gran empeño en transmitirlo, de una manera especial a mis hijos y a los alumnos que he tenido a lo largo de los muchos años que he dedicado a la enseñanza.

Doy gracias a Dios por el bien inmenso que ha supuesto en mi vida el haberlo conocido y recibir su ejemplo y enseñanzas.

LA CONVICCIÓN DEL QUE VIVE LO QUE DICE

Emilia Zorraquino

Peluquera

Soy peluquera, conocí al fundador del Opus Dei en Brafa en 1972; fue para mí la ilusión hecha realidad. Hacía unos años que el primer punto de *Camino* me había impactado dando a mi vida un significado distinto. Desde entonces deseaba conocerle.

Es difícil transcribir lo que sentí en mi interior. Diré algunas cosas que me llamaron mucho la atención: su acento aragonés, con voz clara que se

hacía entender por todos, me emocionó, hablaba con un lenguaje muy sencillo. Su alegría, con una sonrisa que te hacía sentir muy a gusto; se veía que quería transmitirnos su amor a Dios con sus gestos y su mirada cariñosa: estábamos mucha gente y sin embargo daba la impresión de que te hablaba a ti.

Su manera de hablar de Dios con una naturalidad y fuerza que te hacían vibrar, la convicción del que vive lo que dice me hicieron sentir grandes deseos de mejorar, de ser santa y ayudar a los demás.

En mi vida familiar y profesional sus enseñanzas y forma de enfocar los acontecimientos han supuesto para mí luchar por vivir con sentido sobrenatural, viendo en todo la voluntad de Dios, esforzándome en hacer bien el trabajo ayudando a los demás. Esto hace que mis clientas sean amigas y me cuenten sus problemas; trato de llevarlas a Dios y así, poco a poco, descubren nuevos horizontes. Esto me da gran alegría.

Aunque han pasado algunos años sigue viva en mí su imagen y doy gracias a Dios por darme esta vocación que tan feliz me hace. Cada día me doy más cuenta de la grandeza y a la vez la sencillez del espíritu del Opus Dei que nos dio su fundador para todo tipo de personas y condición, enseñándonos a dar gloria a Dios donde estamos, siendo faroles encendidos que alumbren a los demás dando la alegría de los hijos de Dios.

LA VOCACIÓN PUEDE DESARROLLARSE EN LA VIDA NORMAL

Manuel Bueno Sánchez

Catedrático de Pediatría de la Universidad de Zaragoza

Un querido amigo me ha pedido insistentemente que escriba unas cuartillas sobre mis impresiones acerca del fundador del Opus Dei. No pertenezco a esta Institución ni he tenido un conocimiento directo de la personalidad de monseñor Escrivá de Balaguer. Mi único contacto se limita al 8 de octubre de 1967, cuando asistí a una multitudinaria misa que celebró en el Campus de la Universidad de Navarra y posteriormente a una «Tertulia» a la que fuimos invitados los profesores de aquella Universidad.

Debo decir que quedé impresionado con una frase de su homilía «Amar al mundo apasionadamente», que literalmente dice: «Dios nos llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el cuartel, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo. Dios nos espera cada día».

Desde octubre de 1964 hasta octubre de 1971 fui profesor de Pediatría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. Durante aquellos siete años trabajé diariamente con inolvidables amigos, realicé mis primeras publicaciones científicas y dirigí mi primera tesis doctoral. También en Pamplona, en la Clínica Universitaria, nacieron tres de mis hijos.

Algunas de las anteriores razones justifican que me haya decidido a escribir estas reflexiones con motivo de la beatificación de monseñor Escrivá.

Mi mujer y yo guardamos un cálido recuerdo de nuestra vida en Pamplona. Pese a un ambiente propicio no me sentí agobiado por invitaciones a un compromiso formal con el Opus Dei. Ha habido quienes me han colocado en los rangos de esta Institución. No es así ya que no he sentido la llamada de Dios a una vida específicamente dedicada dentro de las coordenadas del Opus Dei.

En mis últimos dos años he dedicado parte de mi interés profesional al estudio de las relaciones entre la Bioética y la Pediatría. Los espectaculares progresos de la genética con la moderna tecnología ADN recombinante nos han introducido en un mundo fascinante de autodescubrimiento interior que plantea, además, diversas implicaciones sociales, éticas y legales. Preocupado por estos problemas me he vuelto a encontrar con otro texto de monseñor Escrivá de Balaguer. «No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica tiende a la verdad. Y Cristo dijo: Yo soy la Verdad».

En estos tiempos de profundos cambios que exigen una adaptación continua, el fundador del Opus Dei supo dar el mensaje –sin precedente– de que la vocación puede desarrollarse en la vida normal, en el trabajo cotidiano. Esta inspiración constituye una respuesta muy moderna a los problemas de nuestro tiempo, como recientemente escribía Giulio Andreotti.

ARAGÓN, TIERRA DE SANTOS

Mariano Mainar Elpuente

Párroco de la Basílica Menor de Santa Engracia de Zaragoza

1. Me piden amablemente unas líneas para un libro que tratará sobre la vinculación del fundador del Opus Dei con Aragón. No tengo tiempo ni aptitudes para estudios profundos, investigaciones históricas o filigranas literarias. Escribiré sencillamente unas notas casi en plan esquemático.
2. No pertenezco al Opus Dei ni he tenido nunca contacto alguno con él en reuniones, retiros, convivencias. Soy sacerdote diocesano y además párroco: me debo a todos por igual, lo cual no obsta para que acepte lo bueno que encuentro en mi camino. Mis padres, que ya descansan en la paz de Cristo, eran terciarios franciscanos; yo lo soy desde adolescente, por tradición familiar y no me arrepiento de considerarme hijo espiritual del padre san Francisco. Mi amigo y condiscípulo Antonio María Javierre, entonces seminarista y hoy eminentísimo cardenal, me inclinó a ser cooperador salesiano y sigo profesando cariño a la obra de Dom Bosco. He colaborado siempre con alegría a cuanto me pidieron religiosos, religiosas, institutos seculares, en honor de sus santos.
3. Tampoco la zaragozana basílica parroquia de Santa Engracia, a la que sirvo desde hace tantos años, tiene vinculación alguna con el Opus Dei. En la visita pastoral del señor arzobispo (28 de abril de 1990) dije textualmente: «Algunos dicen que somos del Opus. No lo somos, pero tampoco estamos contra él, porque es obra de la Iglesia y hay que amar todo lo que la Iglesia aprueba y bendice».
4. Cuento entre mis feligreses abundantes miembros y simpatizantes del Opus Dei. Son muchos más los que no pertenecen a él. Y eso sí, tengo un alto número –creciente, por desgracia– de alejados, indiferentes, no practicantes. Me duele mucho que con motivo de la beatificación de monseñor Escrivá, y de otros acontecimientos eclesiales, nos entreguemos a guerrillas y escaramuzas domésticas gastando las fuerzas en combatirnos y enfrentarnos los de dentro mientras los otros esperan en vano la «nueva evangelización» que reclama con urgencia apasionada el Papa.
5. Estoy convencido de que en la Iglesia hay muchos más santos que los que son beatificados o canonizados. Y que la gloria de la Iglesia

son sus santos. Su verdadera fuerza vital. No los que saben mucha teología, o se llaman especialistas en pastoral, o dedican su vida a trazar proyectos apostólicos y organizar congresos. Esos, si no son santos, poco valen. El Concilio Vaticano II fue una llamada apremiante a la santidad universal de los fieles. Y monseñor Escrivá estuvo en esa línea, fue un adelantado, como en su tiempo lo fue san Francisco de Sales.

6. Los santos irradian, contagian. Un alma que se eleva, eleva al mundo. ¿Puedo aducir mi pobre testimonio? Entre los santos que conocí, ya muertos, cuento a don Andrés Vicente, director espiritual del seminario de Zaragoza: a su muerte hubo un auténtico plebiscito popular acreditándolo. Una noche cené en la Mutua del Clero, en la madrileña calle de San Bernardo, con un sacerdote desconocido. Me impactó. Pregunté luego quién era. Me dijeron: don Antonio Amundarain, el fundador de la Alianza; ya tiene incoado el proceso de canonización. Y traté a don José María García Lahiguera, arzobispo de Valencia; quien se acercaba a él respiraba santidad. Y no digamos del humilde hermano Adolfo, de La Salle, en cuyo proceso de canonización fui testigo. Para mí toda su vida fue «transparencia de Dios», como reza el título de su biografía. Finalmente conozco personas de toda clase, condición y edad, que son santos canonizables. Aún viven, están con nosotros.
7. A monseñor Escrivá no lo traté nunca personalmente. Sólo le vi y le escuché en una ocasión. Doy testimonio. Era en la Universidad Pontificia de Salamanca, a la hora de la meditación de la mañana. Según la costumbre de aquellos tiempos de vez en cuando aparecía un sacerdote para hablarnos antes de la misa. Recuerdo el tema: «Jerusalén, Jerusalén: cuántas veces quise cobijarte como la gallina a sus polluelos...». Aquellos textos estaban dichos por alguien «fuera de serie». A la salida, en el desayuno, los seminaristas comentábamos quién sería aquel sacerdote. Nos dijeron que un tal Escrivá, que andaba fundando una asociación u obra apostólica. Nunca más le vi, ni le escuché: ni siquiera en esos vídeos que circulan por ahí grabados. Prefiero conservar aquel recuerdo personal ya lejano. Me impresionó. Aquel sacerdote tenía «algo».
8. El Papa Juan Pablo II, el 9 de abril de 1990, ha decretado las virtudes heroicas de monseñor Escrivá. El Decreto subraya la prodigiosa fecundidad del apostolado del siervo de Dios, pone de manifiesto su contribución a la promoción del laicado, le define como

un ejemplo imperecedero de celo por la formación de los sacerdotes, y se parangonan sus escritos con los de los clásicos de la espiritualidad. Además se reafirma la actualidad del ejemplo y del mensaje espiritual de monseñor Escrivá. Luego el Papa ha determinado su beatificación para el 17 de mayo. Yo me digo: sus razones tendrá el Papa. ¿Quién soy yo, pobre cura, para juzgar al Papa? Mantengo, mantendré siempre, si Dios me ayuda, mi adhesión al Papa, a sus decisiones, a su doctrina, a su persona. No querría caer, Dios me libre, en el acusado «antirromanismo» hoy en boga.

9. Añadiré qué soy, desde 1975, vicepostulador de la Causa de Canonización de la Madre Genoveva Torres Morales, fundadora de las Religiosas Angélicas, ya venerable pues tiene decretadas sus virtudes heroicas. Con este motivo he vivido muy de cerca los avatares de un proceso. Sé de la minuciosidad de la Congregación de los Santos, de su casi excesivo rigor. He tratado durante muchos años al padre Rafael Pérez, agustino, que fue promotor general de la Fe en Roma y presidente del Tribunal de Madrid en la causa de monseñor Escrivá. Mientras escribo estas líneas se encuentra gravísimo en una clínica zaragozana. Por él he sabido mil detalles de los procesos de canonización. Si se hace bien un proceso todo va adelante; los que han intervenido en éste lo han hecho maravillosamente. El conjunto es realmente imponente. Es un mosaico de elegancia y de incomparable precisión, quizá como nunca se había presentado en el estudio de un siervo de Dios. ¿Demasiado rápido? Eso es precisamente lo que hoy quiere la Iglesia: que se usen todos los medios técnicos existentes para que las Causas de los Santos no se demoren en exceso, para que lleguen cuanto antes a feliz término o se retiren definitivamente.

10. Los santos han sido siempre signo de contradicción. Mientras vivieron. Después de muertos también. ¿Hará falta decir las polveredas que se levantaron, entre los más recientes, con Edith Stein, Tito Brandsma, John Nepomucene Neumann, etc.? ¿Y el libro de Guerri sobre María Goretti? ¿Y las beatificaciones de las carmelitas de Guadalajara y demás mártires de la última guerra civil española? ¡Parece que estorban los santos, no los dejan en paz ni aun después de muertos! A nuestra santa Isabel le llaman ahora «Isabel de Portugal», le quitan el título de santa y el apellido de infanta de Aragón. ¡Qué pena! No me extraña que ni en Aragón sea del gusto de muchos el nuevo beato. Al lado de críticas radicales o desconsideradas, la mayoría pronunciadas desde fuera de la fe, se oyen

también las de quienes, por su cargo, condición o profesión, deberían situarse en el respeto que merecen siempre las decisiones del Papa. Por eso me ha parecido muy acertada la declaración de la Prelatura del Opus Dei de Madrid: «Beatificar a una persona no significa imponer su veneración. La autoridad de la Iglesia presenta a los fieles un nuevo modelo de seguimiento de Cristo, a fin de que, quien lo desee, pueda imitar su modo concreto de vivir la experiencia evangélica».

11. Por lo que se refiere a Aragón, me siento orgulloso, como zaragozano, de que mi tierra tenga un bienaventurado más. El mejor elogio que un Papa dedica a un pueblo es éste: «tierra de santos». Aragón los tiene, gracias a Dios. Desde los más antiguos, como Engracia y sus Dieciocho, Valero y Braulio, Pedro de Arbués y Dominguito, Calasanz e Isabel, Clemente Ignacio Delgado y José de Pignatelli... Pero el manantial no se ha agotado. Van llegando nuevas levas: Tomás y José María Cuartero y Gascón, Martín de San Nicolás, Pilar, una de las carmelitas de Guadalajara... Y la glorificación de los mártires claretianos de Barbastro... Ojalá la lista no se acabe nunca. Cuantos más, mejor. Por eso nos alegra de corazón que tengamos en monseñor Escrivá un nuevo beato aragonés. Y que el seminario de Zaragoza lo haya contado entre sus seminaristas. Que su vida sacerdotal naciera en Zaragoza y su primera misa en el Pilar. Y que mantuviera toda la vida su amor a la Columna de María y su estilo aragonés tan característico. Y ¿por qué no decirlo?, que su primer destino sacerdotal fuera párroco de Perdiguera, para consuelo y estímulo de los que hemos dedicado la mayor parte de nuestra vida a la gloriosa tarea de la cura de almas.

EL PAPEL DE LA MUJER EN EL MUNDO ACTUAL

Emilia Civeira

Médico

El papel que ocupa la mujer en el mundo ha sufrido una importante y constante revalorización en los últimos cien años.

Los cambios sociales últimamente experimentados conducen a una constante valoración de lo que se ha llamado «la cuestión femenina», con-

cretada sobre todo en el hecho de favorecer la educación de la mujer con el objetivo fundamental de que ésta desarrolle plenamente su personalidad.

Este hecho tiene una importante repercusión en la vida diaria pues ha implicado la entrada de la mujer en el mundo laboral. La realización personal de la mujer en el ámbito profesional no ha ido seguida de un abandono de las tareas domésticas sino que a esta dedicación fuera del hogar hay que añadir, en la mayoría de los casos, el continuar realizando el trabajo doméstico que el hombre no termina de considerar como propio.

Esta transformación social hace que los planteamientos de la vida familiar en este final del siglo XX tengan peculiaridades muy propias para la mujer, ya que muchas veces tiene que plantearse importantes renunciaciones tanto en el plano familiar como profesional o personal para poder llevar a cabo tantas tareas, unas veces impuestas pero la mayoría de las veces alegremente aceptadas.

A la mujer de hoy se le exige ser excelente madre, buena educadora de los hijos, amante esposa y profesional de primera línea. El cumplimiento de todo ello supone una carga a veces demasiado pesada de llevar.

Monseñor Escrivá de Balaguer ha tenido para este tema, como para tantos otros, aspectos doctrinales, largos y profundos comentarios. Su mensaje fundamental estriba en la promoción del laicado, para lo que invita a todos a buscar la unión con Dios a través de la santificación en el trabajo diario, ya que en su opinión supone para el cristiano fuente perenne de dignificación.

En esta búsqueda de la santificación cumpliendo cada uno sus funciones en la tierra define claramente la que debe ser misión de la mujer. Utilizando sus mismas palabras diremos: «El hogar, la familia y la profesión ocuparán siempre un puesto central en la vida de la mujer».

Es obligación de los jóvenes prepararse para alcanzar cada uno su máximo nivel profesional y de los educadores y padres ayudar para que este fin pueda alcanzarse, tanto en los niños como en las niñas. Si somos capaces de ello cumpliremos el mandato evangélico de devolver el ciento por uno.

El beato Escrivá decía: «El encontrar un puesto relevante en la vida profesional, privada o pública (entendida como trabajo fuera del hogar), depende de contar con una preparación adecuada, sin que se pueda afirmar que existan unas tareas específicas que correspondan sólo a la mujer».

La mujer intentará encontrar, pues, la santidad, buscando en primer lugar esta preparación y desarrollando después al máximo la profesión elegida por cada una. Una sociedad moderna ha de reconocer a la mujer su derecho a tomar parte activa en la vida pública, profesional, política..., creando las condiciones favorables para que puedan ejercitar este derecho todas las que lo deseen.

Es importantísima la atención que la mujer –y el hombre– presta a la familia pero también la sociedad necesita de esta aportación de la mujer, que en ningún caso debe tener un aspecto secundario.

Esta entrada de la mujer en el mundo laboral y en el social la obliga muchas veces a la renuncia; «cuando hay muchas cosas que hacer hay que organizarse», decía monseñor Escrivá. «Lo fundamental es que con la ayuda de Dios cada una busque y encuentre el camino de su santificación y la de el mundo que le rodea».

Esta elección será para unas las tareas domésticas, para otras las profesionales y probablemente para las que serán mujeres del siglo XXI la compaginación de ambas. Decía el beato Escrivá: «Dios no deja a ningún alma sin destino; para todas tiene un designio, a todas las llama con una vocación personalísima e intransferible».

SENTIDO JURÍDICO Y AMOR A LA LIBERTAD

José Joaquín Sancho Dronca

Presidente de Honor de la Confederación Española de Cajas de Ahorros

Tuve la suerte de conocer y tratar al beato Escrivá de Balaguer, hombre de Dios que con su mensaje y doctrina abrió, para muchas personas, nuevos caminos de santidad.

Yo quisiera referirme a la vinculación del beato Escrivá de Balaguer con Aragón, con nuestra tierra, en la que pasó una tercera parte de su vida y a la que siempre estuvo vinculado por el afecto y el mejor de sus recuerdos. Puedo asegurar que su cariño y preocupación por Aragón eran constantes y que sus referencias a nuestra región eran motivo frecuente de su conversación. Rara era la vez, en sus multitudinarias tertulias apostólicas, en la que no citara su origen aragonés, en las que no utilizara alguna expresión de nuestra tierra o en la que no le delatara su acento y modo de construir las frases, muy propio de nuestra región. En sus escritos, en

sus charlas, en su conversación Aragón estaba siempre presente y de ello hay abundantes referencias que, afortunadamente, se conservan en la actualidad.

Quiero, sin embargo, referirme ahora a algo que me parece es consustancial con el carácter aragonés y que aparecía en la vida del beato porque al margen de folclorismos más o menos oportunos entiendo que en la raíz de lo aragonés hay siempre, como notas diferenciadoras de nuestro carácter, un profundo sentido jurídico y un exaltado amor por la defensa de la libertad. Esas notas diferenciadoras acompañaron siempre la actuación del fundador del Opus Dei.

Providencialmente elegido para difundir el mensaje sobre la llamada universal a la santidad, mediante la santificación de las ocupaciones ordinarias de la vida cotidiana, tuvo que buscar durante una buena parte de su vida una norma jurídica que encajara esa novedad con la disciplina de la Iglesia, a la que el beato deseaba servir con fidelidad y que, sin embargo, no ofrecía la norma adecuada. Ese camino –no siempre fácil porque faltaba el fundamento jurídico indispensable– fue recorrido por monseñor Escrivá con tesón, con no pocas dificultades, pero con la finalidad de compatibilizar un carisma fundacional que él tenía que defender, con unas normas que en ocasiones se presentaban como obstáculo insalvable.

Ahí quedó bien claro su profundo sentido jurídico y junto al respeto por la norma establecida, su búsqueda de nuevas soluciones –felizmente encontradas– que dieran estabilidad jurídica a una novedad que él se veía impulsado a defender.

Su amor a la libertad, rasgo, como antes decía, tan propio de nuestro pueblo, era, sin duda alguna, otra de las notas características de su mensaje. Nos quería libres, que es tanto como decir responsables de nuestros actos. En lo profesional, en cualquier actividad humana, fuera política, económica, social, cada uno debía proceder con su propia iniciativa y sin admitir limitaciones, como no fueran éstas impuestas por la moral o por los mandatos de la Iglesia. He sido, personalmente, testigo y en algunas ocasiones destinatario de cómo, partiendo de la base de que el trabajo bien hecho debía realizarse cara a Dios, nunca debían admitirse insinuaciones, mandatos o simplemente sugerencias que atentaran contra esa libertad («hijos, os quiero libérrimos», repetía con frecuencia) que, celosamente, asumiendo nuestra propia responsabilidad, defendía como connatural de la dignidad de la persona humana. Jamás se inmiscuyó en las tareas profesionales de sus hijos. Jamás dio orientaciones sobre temas que pudieran coartar esa libertad que él tanto amaba.

Me parece que esas dos características de su vida, sobre las que se ha escrito mucho, forman parte de su carácter aragonés, que era lo que yo brevemente deseaba resaltar en estas líneas.

Queda otra característica que también le identifica con nuestra tierra: su amor a la Virgen del Pilar. Independientemente del hecho, conocido, de su diaria visita al Pilar cuando residía en Zaragoza y de haber celebrado allí su primera misa, lo que el beato recordaba siempre con emoción, en sus cartas o en las visitas que le hice, era siempre una humilde petición: «acude al Pilar y pídele a la Virgen por mí, que soy un pecador que ama mucho a Jesucristo su Hijo».

Cuando la Caja que yo dirigía se propuso con motivo del centenario de su fundación publicar un libro sobre Aragón, le dije si podía enviarnos algún trabajo. Casi a vuelta de correo me llegó, dedicado a Nuestra Señora, un precioso escrito que releo ahora en más de una ocasión y que permite adentrarse en el profundo y recio amor que el beato Josemaría Escrivá de Balaguer tenía por nuestra Patrona.

UN BUEN HIJO DE LA VIRGEN, ¡UN ENAMORADO!

María Socorro Martínez

Ama de casa

En el año 1951 conocí *Camino*. Tenía dieciséis años y estaba buscando cómo orientar mi vida. De entre aquellas frases breves y claras, tres puntos hicieron fuerte impacto en mi alma: «El Amor ¡bien vale un amor!»; más adelante: «¡No hay más amor que el Amor!», y al final, en el 999, aquél que me hizo tomar una decisión: «¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. –Enamórate y no “le” dejarás». Al cerrar el libro comprendí que quien había escrito aquello podía llevar hasta Dios.

En aquella época no sabía nada del Opus Dei ni de su fundador. Cuando al fin –tres años más tarde–, siempre guiada por aquellas ideas de *Camino*, llegué a conocer la Obra y ver clara mi vocación el afán de llegar hasta el padre era desbordante.

Tuve la suerte inmensa de conocerle muy pronto, en Roma, donde fui a vivir muy cerca de él varios años.

No sé cómo me las arreglaría si tuviera que resumir mis recuerdos en una o dos definiciones... Si tuviera que hacerlo, aun con la seguridad de quedarme corta, diría que conjugaba magistralmente lo sobrenatural con lo humano; sencillo, espontáneo, optimista y con una simpatía humana arrolladora; hombre que sabía querer, unido su cariño a la exigencia, delicada pero firme, de quien cumple el gozoso deber de llevar a sus hijos por el camino de la santidad hacia Dios.

Llegué a Roma a finales del año 1956, a última hora de la noche. A primera hora de la mañana nos acompañaron hasta donde estaba el padre porque quería conocernos y saludarnos.

Como fundador del Opus Dei –una persona tan importante, pensaba yo– me imponía, por lo que acudí con una cierta timidez. Aquello duró un tiempo brevísimo, pero su saludo cordial me hizo dar cuenta que acababa de encontrarme con el padre. Nos preguntó cómo habíamos hecho el viaje y cómo habíamos dormido. Se interesó por nuestras familias. Conocía a la de una de las cinco que llegábamos, le preguntó por sus padres; tenía dos hermanos de la Obra: «Si escribes a tus hermanos, les pondré unas letras». Dirigiéndose a todas nos dijo: «Como es tradicional, os llevarán a San Pedro; hoy no, porque llueve “a cántaros” (reconocí una expresión de mi tierra aragonesa); lo podréis hacer en cuanto pare y, entonces, vais primero a la capilla del Santísimo a saludar al Señor; pasaréis después por la Tumba de San Pedro: rezáis un Credo y encomendáis al Santo Padre. Al fondo de la Basílica, a la izquierda hay una imagen pequeña de la Santísima Virgen, saludarla de mi parte; ¡ah! y que os compren un “cremino” –un tipo de helado sencillo pero típico de Italia–. Buscar una tarjeta para vuestros padres y echarla en la “posta” vaticana. ¡Seguro que les hace ilusión!». Y se despidió de nosotras.

Me llenó de asombro la capacidad de compaginar lo humano con lo divino: meter con naturalidad en el alma el amor de Dios en la Eucaristía, amor a la Virgen, amor a la Iglesia y a su cabeza visible, el Papa, y a la vez hacer cordial el camino de la entrega.

El padre era muy aragonés: leal, noble, directo y claro. Recuerdo un rato pasado a su lado a finales del año sesenta. En octubre de ese año la Universidad de Zaragoza lo había nombrado «doctor *honoris causa*» de la Facultad de Filosofía. Allí sus hijos –que hacía mucho tiempo que no lo veían– querían manifestarle su cariño y descubrieron que «las manos servían para aplaudir» (como nos escribía en una carta una de las que asis-

tieron al acto) pero observaron –nos decía– cómo el padre entraba «ajeno a toda gloria humana», recogido, hablando seguramente con Dios. En ese rato pasado al lado del padre, a la vuelta de su viaje, una de nosotras comenzó a decir: Padre: nos han escrito de España estos días y... El padre cortó: ¡Basta, hija mía, no quiero oír hablar de ese viaje!; ¡no es nuestro espíritu! Inmediatamente, suavizando el tono, pidió una silla para una hija suya que estaba delicada y no tenía dónde sentarse.

El beato Josemaría afirmaba de sí que era un pecador que amaba locamente a Jesucristo. Y en una ocasión, lleno de sencillez y con todas las veras de su alma, nos decía que Dios lo escogió para fundar el Opus Dei porque no encontró otro peor. Como todos los santos tenía una conciencia muy clara de su pequeñez y de la grandeza de Dios. Yo le escuchaba asombrada porque veía la fidelidad de su correspondencia y que la realidad más grande de todo eso que decía era que amaba locamente a Jesucristo. He agradecido mucho a Dios a lo largo de mi vida que me concediera la gracia inmensa de colocarme al lado de tan gran maestro.

Era magnánimo. En aquellos años en que se estaban realizando las obras de la casa central del Opus Dei se pasaron momentos de escasez muy grande. Un día, a la hora del desayuno, la que se encargaba de la cocina se acercó a la responsable de todo y le dijo muy bajito: «Ha dicho el señor que nos vende el aceite que mientras no le paguemos no presta más». ¡Qué sobresalto me llevé y cuánto agradecí a Dios haber oído aquello! Vivíamos al lado del padre unas doscientas personas... Nuestro fundador no escatimaba esfuerzos para formar deprisa a sus hijos y enviarlos por el mundo ¡a ganar almas para Cristo!, y cuando pasaba a vernos nos animaba: «Hijas, si no coméis me matáis ya que tenemos que conservar fuerte este “borriquillo” para poder trabajar en servicio de Dios». A pesar de la escasez –para el Señor todo le parecía poco– se esforzaba por hacer «el sacrificio de Abel». Hacía adornar los sagrarios por dentro «para que sólo Dios los vea». En cambio para él nada era necesario. Tuve la suerte de ir al armario de su habitación –pequeña y pobre– un día que el padre no estaba para tomar medidas de una caja para pañuelos. Iba a ser el regalo que le harían sus hijas el día de Reyes. Aquel armario estaba virtualmente vacío. A la vista había una sotana, un par de zapatos, la caja vieja y poco más. Íbamos dos, yo no dije nada pero pensé lo fácil que sería recoger lo poco que allí había el día que nuestro fundador se nos fuera al Cielo. Recuerdo cuánto agradeció el padre aquel regalo de Reyes: «los que le hacíamos sus hijas eran los que más le gustaban».

Un día tuve que pasar cerca del padre, que se encontraba con dos directoras. Con una amplia sonrisa me preguntó: «Hija mía, ¿qué me cuentas?». «¡Que estoy muy contenta, padre!» –no añadí, porque no me lo hubiera admitido, que era por verle a él, ¡tan cerca de Dios te metía!–. Me miró detenidamente y me dijo «¡Gracias, hija mía, que Dios te bendiga!». Era alegre, muy alegre y agradecía mi alegría, recabando de Dios la bendición porque ése era el espíritu que nos transmitía con fuerza: los hijos de Dios teníamos que vivir con el gozo de saber que todo viene de su mano: que «todo era para bien», según repetía con frase sacada de la Escritura. Así era el padre: metido en Dios nos enseñaba constantemente a vivir pegadicos a Él.

Como buen aragonés tenía una gran devoción a la Virgen del Pilar. En una ocasión las alumnas del Colegio Romano de Santa María –procedían entonces de catorce países– se interesaron, con un asombro lleno de interrogantes, por la tradición sobre la Virgen del Pilar. Se enteró el padre y en cuanto las vio les aclaró: «Hijas, no es preciso creerlo; pero yo lo creo y me va muy bien». Un 12 de octubre se encontró con dos hijas que se llamaban Pili y le dijeron que estaban de fiesta. El padre las felicitó y añadió: «Yo ya le he dicho a la Virgen eso tan bonito: Virgen Santa, Madre mía, luz hermosa, claro día...».

Era un buen hijo de la Virgen, ¡un enamorado! Bajo la advocación del Pilar y bajo todas las advocaciones, y además nos enseñaba con todas sus fuerzas a quererla mucho, a contagiarnos: «Si en algo quiero que me imitéis es en el amor a María Santísima».

Nos decía en una ocasión: Cada vez que paséis por una imagen de la Virgen, sin que se note, sin dejar de hacer lo que estás haciendo, sin dejar de hablar si vas con otras, le echáis una miradica, un afecto, una jaculatoria... Y, al cerrar una puerta –sin golpearla, acompañándola con la mano, para que dure– dile a la Santísima Virgen: Madre mía, ¡te quiero más...!

Iremos a Lourdes –nos contaba en otra ocasión– para visitar a la Santísima Virgen. No vamos a pedirle nada, sino para decirle que la queremos.

Por eso monseñor Álvaro del Portillo, sabiendo también del amor de la Virgen por su hijo fiel, escribió en el libro de oro del Pilar el día 6 de septiembre de 1983: ¡Gracias, Madre, por todo lo que has ayudado a nuestro padre, el fundador del Opus Dei, en sus años de Zaragoza, y siempre! ¡Bendita seas!

EL MAGISTERIO DE MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER

René Sarrat

Catedrático de Anatomía de la Universidad de Zaragoza

Escribir hoy sobre alguna faceta de monseñor Escrivá de Balaguer es, además de un reto, casi una temeridad, ya que desde su muerte, y aun en vida, han sido ininidad los artículos, monografías y libros dedicados a su Obra que es tanto como decir a su peripecia vital. Sin embargo es difícil rehusar la invitación a hacerlo por la cordialidad de quienes lo solicitan y por el indiscutible atractivo que aun en aquellas personas ajenas al Opus Dei ejerce la figura del fundador.

Al no haber conocido personalmente al «padre» no tengo la oportunidad de ofrecer esas anécdotas o vivencias tan cálidas e ilustrativas que se leen en algunos comentaristas; tengo, empero, la ventaja de poder reflexionar con mayor objetividad y perspectiva (la que da la distancia y el juicio desapasionado) sobre la faceta pedagógica de Josemaría Escrivá.

«Enseñar como maestro –dice Marañón– es lo más parecido a amar», y continúa: «Las dos formas de amor humano más sublimes, son esas dos llamas tenues pero inmortales, que brillan en el hogar y en la escuela, hechas del mismo fuego y de la misma luz...».

He tenido la oportunidad de conocer a compañeros de seminario del beato Escrivá y a los primeros discípulos de aquellas residencias universitarias de Madrid; he visto y he oído muchas veces las filmaciones de sus charlas, de sus homilias y siempre me han producido la misma impresión: la del hombre que cree en lo que dice, que tiene unas ideas muy concretas y sencillas y que cuenta con el proceder para ponerlas en marcha.

El gran estudioso y el hombre de sólida formación filosófica y teológica habla a la gente como lo haría un maestro a sus niños, con la sencillez que es patrimonio de la verdad, con la elocuencia de la sonrisa y del gesto para cada uno, con la vivacidad de una mirada de «picardía» como la de quien se sabe conocedor del pensamiento e intención del auditorio. Y es que el hombre es muy sencillo en su reactividad primitiva, sólo se complica y se embrolla cuando quiere deliberadamente faltar al compromiso de su autenticidad.

Josemaría Escrivá, nacido en un mundo confuso y retorcido, busca, como tantos, en el Evangelio la directriz vital del hombre y dispone su

oído para el susurro divino. Él es consciente de la corriente de descristianización de su tiempo y de la huida y desvinculación de la sociedad de todo aquello que representa la Iglesia, intentando basar un orden social nuevo en el trabajo, en los logros tecnológicos, en la tenencia de bienes materiales, en la cosificación en definitiva. Supongo que él analizó sus escasas posibilidades para detener esa huida y se dispuso con toda audacia a repartir «espiritualidad a domicilio», entregando a sus miembros el «Viático» que les acompañase en la labor diaria, en el seno del mundo del trabajo.

Su pedagogía fue la del ejemplo, su arma principal su confianza en Dios, el éxito de su empresa la entrega sin reservas a la misión asignada, sus ingredientes inexcusables la responsabilidad y libertad individual y su sentido de fidelidad a la jerarquía para no perder el sentido de la orientación.

¿Quién podría resistir a la tentadora oferta de ser santo «sin cambiar de oficio», ser apóstol sin portar hábito, participar en el destino de la Iglesia sin pertenecer a la jerarquía, y todo ello compatible con el cultivo esmerado de la profesión y sin renunciar a la vida de familia?

Muy claro debía explicar el «padre» cuando su mensaje lo entendió tanta gente tan pronto y cuando pasados algunos años desde su muerte su enseñanza se sigue impartiendo con una fidelidad sólo semejante a la observada por él.

Las instituciones docentes vinculadas a la Obra que he tenido la oportunidad de conocer y «vivir», en todos sus rangos administrativos, desde universidades y colegios mayores hasta escuelas de enseñanza primaria y media, sin olvidar obras sociales, residencias, etc.; en todas ellas –digo– el espíritu de orden, superación, delicadeza, responsabilidad y exigencia, está presente de forma palpable y elocuente. No quisiera, al valorarlos, entrar en connotaciones de orden religioso y trascendente, prefiero dejar esa faceta al criterio personal; sólo quiero destacar esa característica que les distingue a todos: el sentido irrenunciable del cumplimiento del deber diario al más alto grado de exigencia personal.

Los centros alentados por el espíritu del Opus Dei llaman la atención en el mundo actual y la llamarán con mayor brillantez aún en el futuro, porque su funcionamiento tiene como base la libertad nacida en la obediencia, como gozosa renuncia a aquélla, por el convencimiento y confianza absolutas en las personas que los lideran.

La atención al individuo, a cada persona con su idiosincrasia, la ilusión que se pone en la labor bien hecha (¿qué importa a qué nivel!), el apoyo que presta el grupo al individuo, la alegría de sus miembros como característica insólita en el mundo actual, son los pilares fundamentales en los que asienta la actividad educacional en los centros impregnados del mensaje de monseñor Escrivá.

No he querido hablar de espiritualidad aunque todos somos conscientes de que la motivación trascendente es el marcapasos luminoso que guía la ejecutoria de las personas comprometidas en esa tarea.

Muy claro –digo– debía explicar el padre Josemaría Escrivá de Balaguer cuando tantas personas de tan diferente condición social y de latitudes tan dispares entendieron su mensaje.

Ojalá que quienes nos dedicamos al magisterio y estamos comprometidos en la educación y formación de la juventud tengamos –como Escrivá– las ideas tan claras, estemos dispuestos a transmitir las con su sencillez y pongamos nuestra vida –como él– en el empeño de conseguirlo, con esa alegría desbordante y contagiosa que proporciona decir la verdad con honestidad y a cualquier precio.

A DIOS SE LE ENCUENTRA EN EL QUEHACER COTIDIANO

Isabel de Salas Murillo

Registradora de la Propiedad

No he tenido la suerte de conocer personalmente al beato Josemaría pero todo lo que he aprendido de él, a través de sus escritos y documentos gráficos, me dan una cercanía y un conocimiento de su persona y su obra muy profundos.

Su vida y su doctrina, más bien diría su «doctrina hecha vida», me han hecho descubrir un panorama diferente, una trascendencia en todo mi quehacer de la que no era consciente antes.

Uno de los aspectos de su enseñanza que más ha calado en mí es, sin duda, el de la unidad de vida, que me lleva a meter en todo a Dios, en cualquier situación, lugar y momento; descubrir que a Dios se le encuentra

no sólo en los Sacramentos y la oración sino en todo el quehacer cotidiano y que se puede y se debe ser almas contemplativas en medio de la intensa actividad del día, me permiten vivir una vida cristiana mucho más alegre, más rica, más coherente.

De esto, como de otras muchas cosas, me ha dado ejemplo el beato Josemaría, que no se reservó ninguna parcela de su vida para sí: «todo para Dios y Dios en todas las cosas», podría ser el resumen de lo que él me ha enseñado a vivir.

UN MAR SIN ORILLAS

María José Monterde Albiac

Licenciada en Filosofía y Letras

Tuve la inmensa suerte de conocer al beato Josemaría, de pasar varios años a su lado recibiendo directamente sus enseñanzas, su doctrina, su ejemplo de alma enamorada de Dios y al mismo tiempo llena de una cálida humanidad.

Nací en Zaragoza. Era la quinta de siete hermanas: una de ellas murió antes de que yo naciera, así que me quedé como la cuarta de la familia. Mi abuelo y mi padre fueron abogados muy conocidos en la ciudad, con gran prestigio profesional.

Mi vida transcurría tranquila. Tenía muchas amigas. Con motivo de uno de mis cumpleaños, quizá el decimosexto, María Jesús Palá, una de mis mejores amigas, me regaló un libro con una dedicatoria original: «Como un libro tan precioso y para ti es muy difícil dedicar, me remito a Pemán». Y a continuación me copiaba unos versos de este autor.

Se trataba de un ejemplar de *Camino* de la segunda edición. Me impactó fuertemente. Me gustaba pensar un número al azar y leer la consideración correspondiente. Pronto tuve puntos predilectos y de tanto abrir la hoja en que estaban ya no era necesario buscarlos: casi siempre se abría el libro por la página preferida.

He de confesar que un punto me agujijoneaba especialmente: «Me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía...» (*Camino* 146).

Un día hablando con don Pedro Altabella, un sacerdote muy amigo del beato Josemaría, le comenté que *Camino* era un libro apasionante. Me informó entonces que su autor era el fundador del Opus Dei, al que yo también podía pertenecer.

Unos años más tarde, el 2 de enero de 1951, me decidí. Escogí esta fecha porque –en aquella época– se celebraba en ese día la Venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza y me hacía ilusión tomar una decisión que duraría toda mi vida en una fiesta de la Virgen, más todavía en una fiesta de la Virgen del Pilar.

Un mes y medio más tarde dejaba Zaragoza para incorporarme a «Los Rosales», en Villaviciosa de Odón, muy cerca de Madrid. En este Centro fue donde conocí al beato Josemaría.

Primero tuve ocasión de escuchar una homilía suya grabada en un magnetofón, «Vida de fe», y recuerdo su voz vibrante, fuerte, bien timbrada, animándonos a seguir con generosidad y correspondencia absoluta los pasos de Jesús. La capa de Bartimeo, lanzada al vuelo al oír las palabras del Señor, era un gran estímulo.

En los primeros días del mes de mayo, creo que el 8, con motivo de uno de sus viajes a España, el padre iba a venir a «Los Rosales». Por la tarde, a eso de las cuatro, sonó el motor de un coche, lo que no era muy frecuente en Villaviciosa. Llegó el beato Josemaría acompañado de don Álvaro del Portillo, don José María Hernández Garnica y don José Luis Múzquiz.

Encontré al padre como me lo habían descrito: abierto, simpático, alegre, acogedor: a algunas ya las conocía y para cada una tuvo unas palabricas especiales, preguntándoles por algún detalle concreto: por su trabajo, por sus estudios, por su familia, por su salud.

Enseguida pasó al terreno sobrenatural: estábamos allí porque Dios nos había llamado «por nuestro nombre» a cada una para realizar una misión, dentro de una obra que duraría mientras hubiera hombres sobre la tierra y que saldría adelante porque «Dios estaba empeñado en que se realizara». Pero Él necesitaba nuestra respuesta; por eso era tan importante que cuidáramos con esmero la vida interior, la oración y la mortificación.

Después explicó el panorama apostólico que se nos presentaba, trasladándonos a los cinco continentes. Detallaba el papel que tendríamos que desempeñar en cada una de las profesiones; en el campo ayudando a las campesinas, a través de editoriales y librerías, en la enseñanza formando a las generaciones venideras. Esbozó también la idea de influir

en la moda. Y nos habló ampliamente, con el fuego y el cariño con que le he visto después en tantas ocasiones, de las tareas de la administración de nuestros centros.

Reconozco que yo me perdía en aquel océano, en ese «mar sin orillas». Trataba de seguir la explicación del beato Josemaría pero pensaba que todo eso llegaría muchos años después. Y es que no caía en la cuenta de que era Dios quien iba a actuar a través nuestro –simples instrumentos–. De ahí que nos dijera el padre: «Tenéis que ser santas, hijas mías. Luchar, porque donde hay lucha ascética hay vida interior».

En un momento determinado el padre me preguntó: «¿Cómo te llamas, hija mía?». Se lo contesté con presteza, añadiendo la ciudad en la que había nacido. «¡Si somos paisanos!», exclamó. Y aquello sirvió para que nos contara cuánto había rezado ante la Virgen del Pilar. Nos animó a que quisiéramos mucho a la Santísima Virgen, a que acudiéramos constantemente a Ella, haciéndonos ver que nos escucha siempre.

Dos años después me trasladé a Roma, donde tuve ocasión de escucharle en numerosas ocasiones. Me venía a menudo a la memoria aquella tertulia en «Los Rosales», ya que nos remarcaba de continuo lo más importante y lo que constituía su único deseo: «¡Que me seáis santas, hijas mías! Así todo sale. Si no, nada de nada vale la pena».

LA FOTOGRAFÍA DE TRES JÓVENES SACERDOTES

Josefina de Miguel Cavero

Ama de casa

A finales del año 1944 vi en una revista de la Acción Católica la fotografía de tres jóvenes sacerdotes. En cuanto pude le pregunté a don Pedro Altabella: «¿Ha visto usted esa fotografía de tres sacerdotes?». Y me contestó: «Sí, son de José María, amigo mío; sólo trabaja con muchachos». Pasado un tiempo don Pedro me comentó que también don Josemaría tenía apostolados con mujeres. «¿Por qué no le conoces?». Me lo repitió alguna vez más, así que pensé en verle.

En la Pascua de 1945 fui a Madrid y conocí a Guadalupe Ortiz, Encarnita Ortega, Lola Fisac, algunas más y tía Carmen –la hermana del beato Josemaría–. A ésta le agradó mucho que fuera aragonesa. El ambiente de «Los Rosales» en Villaviciosa de Odón y del Centro de la calle Jorge Manrique me pareció de lo más agradable.

Coincidió con Nisa en la casa desde la cual administraban la residencia de la Moncloa. Mientras me enseñaba Madrid de noche me explicó en qué consistía su labor. Me pareció una tarea tan hermosa como sacrificada.

Uno de esos días en Jorge Manrique –un hotelito muy agradable–, en que estuve con Enrica y Fina Botella, conocí al beato Josemaría. Regresaba de uno de sus viajes y parecía algo cansado. Recuerdo que me dijo: «Si te decides, hazlo con un espíritu grande de oración, sacrificio y trabajo. Si no, no vengas, porque a los quince días ni vivirás ni dejarás vivir a nadie y a lo último te irás». Me pareció una actitud muy noble el hablar así. El padre continuó: «Piensa que cuando se edifica un edificio, los cimientos están en relación con sus dimensiones; éstos desaparecen bajo tierra, pero son el sostén de lo construido».

Sobre la vida en familia recuerdo que nos enseñó que debíamos querernos con toda el alma, servir con todo cariño, tanto que fuera el descanso de los que llegan a casa cansados del trabajo, ya que encontrarían alegría y buen humor en nuestro hogar.

También se refirió a los enfermos y cómo debíamos tener atenciones con ellos, tanto humanas como sobrenaturales. Y siempre una delicadeza extrema.

* * *

Recuerdo dos fechas de gran emoción para el padre. La primera de ellas la segunda ordenación de sacerdotes. Ese día vino a «Los Rosales» a las 9.30 horas de la mañana. Nosotras estábamos en el taller de ornamentos. Nos dijo: «Seguid trabajando. Estoy muy contento, en Casa es fiesta pero no me gusta aparecer». Esa mañana nos habló de cómo se desarrollaría la Obra, las labores y medios apostólicos a realizar con todas las clases sociales. Nos explicó cómo algunas de esas labores ya estaban en marcha pero que serían muchas más. Y añadía: «Esto si sois fieles, si sois santas».

La segunda fecha es la emoción y alegría que tuvo el beato Josemaría con las tres primeras vocaciones de numerarias auxiliares: Concha, Dora y Antonia. En la primera meditación que nos dirigió nos dijo al poco de empezar: «¿Verdad que no os molesta si os digo que estas hermanas pequeñas vuestras tienen un lugar predilecto en mi corazón?».

* * *

Mi primer chispazo fueron aquellos tres sacerdotes jóvenes y el último en Caracas, en febrero de 1975, cuando después de nueve años sin verle y en medio de tanta emoción me decía: «Tú, del Bajo Aragón; yo, del Alto Aragón». Estaba demostrándome su buen estado de salud y que nos llevaba a todos en su corazón.

**OFRENDA DEL MANTO
A NUESTRA SEÑORA DEL PILAR**

**MONSEÑOR ÁLVARO DEL PORTILLO
EN AGRADECIMIENTO Y RECUERDO POR LA BEATIFICACIÓN
DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER,
FUNDADOR DEL OPUS DEI. 23 DE JUNIO DE 1992**

¡Virgen Santa del Pilar, Madre de Dios y Madre Nuestra!

Desde Roma te saludo con mis hijas y mis hijos, con los Cooperadores y amigos del Opus Dei que hoy participan del solemne acto de la entrega del manto que, con tanto cariño, hemos preparado para Ti. Nos hemos reunido para agradecerte, con toda el alma, que la Trinidad Beatísima haya querido hacernos partícipes de la alegría inmensa de contar a tu hijo Josemaría, nuestro Fundador, entre los bienaventurados. ¡Gracias, Madre nuestra!

En el manto se han bordado las palabras grabadas por el Beato Josemaría en la base de una reproducción de tu imagen del Pilar, el 24 de mayo de 1924. *Domina, ut sit!* Señora, que sea eso... que tú quieres: era el Opus Dei; éramos cada uno de nosotros, los fieles de la Prelatura y sus Cooperadores y amigos que, a lo largo de los siglos, formarán parte de la Obra de Dios o participarán de su calor, con el único fin de ser santos y difundir la santidad entre los hombres. De nuevo nos ponemos enteramente en tus manos, Madre nuestra: *trátanos como cosa tuya* y haz que cada día amemos más a tu Hijo, con una fidelidad a Dios y a la Iglesia como la de nuestro Fundador.

No he podido cumplir mi deseo de ponerme hoy a tus pies, como Prelado del Opus Dei, para hacerte personalmente la ofrenda. De corazón, os acompaño desde Roma, mientras mi Vicario para España realiza ese ofrecimiento.

¡Virgen Santísima del Pilar, ruega por el Papa y los Obispos, por los sacerdotes y por todos los cristianos, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo! Amén.